

INSANUS DREAMS



MAURICIO CAUDILLO

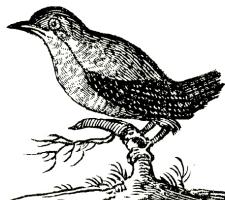
CART ASTROB 58199 176G VULG GREEN



INSANUS DREAMS

Insanus Dreams

Mauricio Caudillo



HERRING PUBLISHERS

Insanus Dreams

Primera edición: 2019

Diseño de la colección:

Oliver Herring

Ilustraciones:

Isabella Aldana

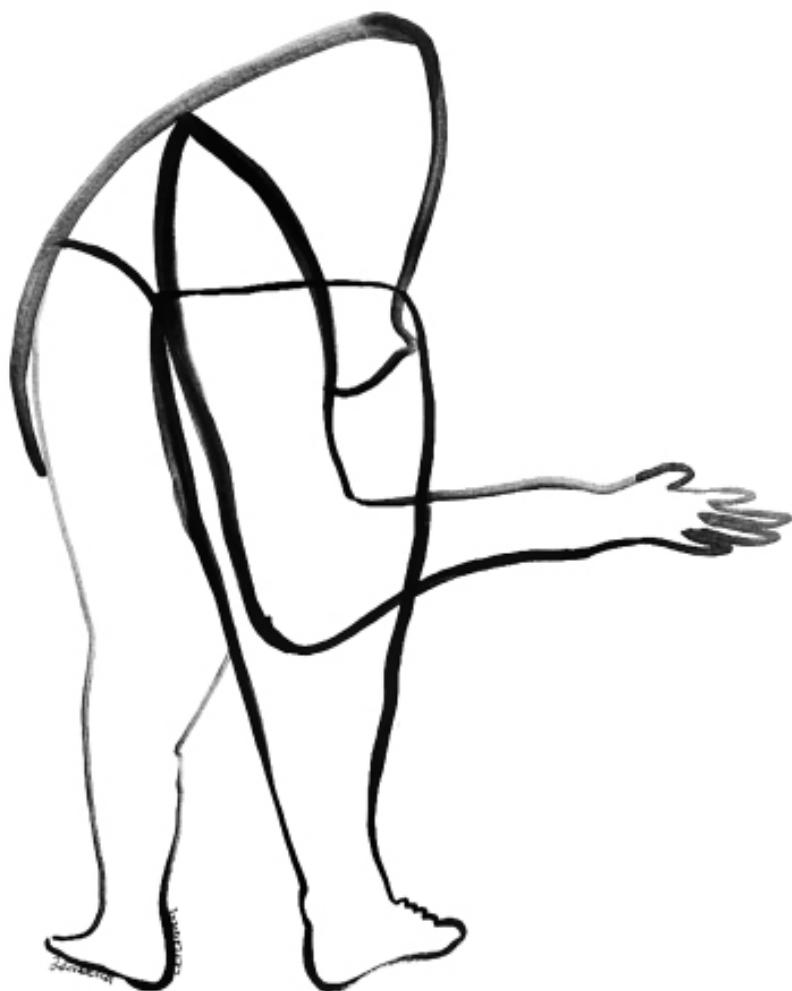
© Mauricio Caudillo

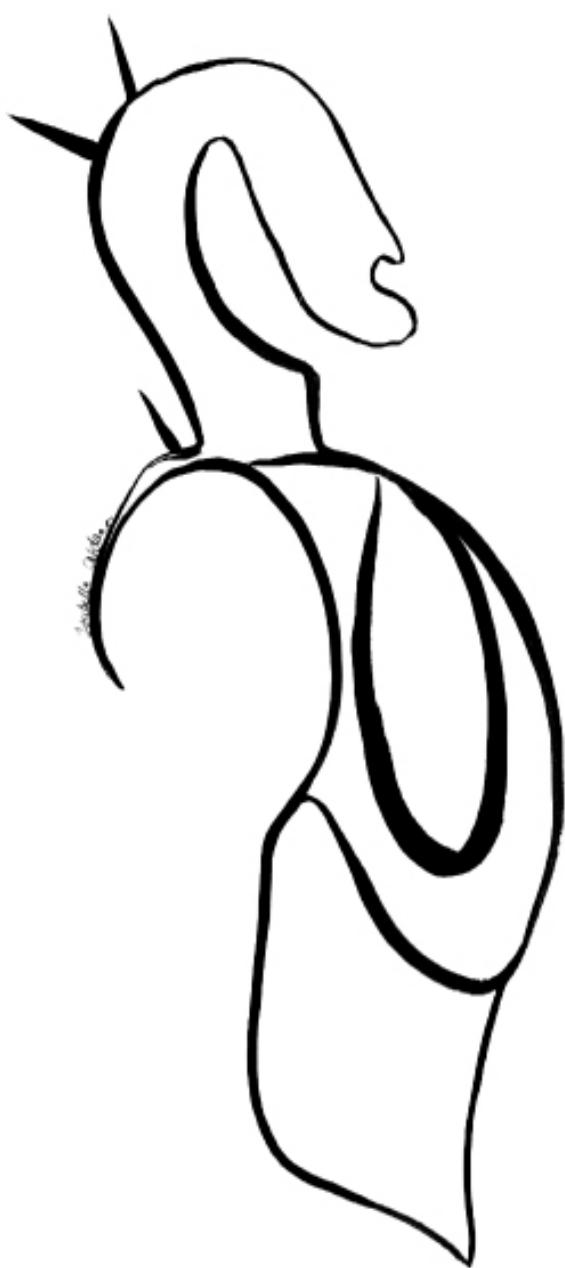
© Herring Publishers
Querétaro, Qro.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Índice

<i>In dreams</i>	9
Clara	17
La imagen del perro en el sendero	23
Invisibles y descorazonados	31





In dreams

The truly important dreams are the ones you have when you 're awake.

DAVID LYNCH

I

Es una noche sin luna y sin estrellas. Un Mustang 1966 corre a 140 kilómetros. La carretera es incierta y oscura. No hay anuncios que indiquen referencias de lugares cercanos ni señalamientos de tránsito ni tampoco luces de pueblos vecinos o perdidos en medio de la nada. El Wero mantiene fija la mirada hacia el asfalto y acelera. Sus pupilas dilatadas brillan. Ríe de forma exaltada y sin sentido alguno. Con la mano izquierda toma el volante y con la derecha hunde la llave en una bolsa llena de cocaína. Aspira violentamente. Se escucha su alarido y la aguja sube a 180 kilómetros. El motor del Mustang parece que reventará en cualquier momento y se respira un hedor a gasolina. Las llantas se queman con el asfalto. Las luces de alógeno iluminan la carretera interminable. Su párpado derecho le tiembla por instantes. Vuelve a esnifar. Sus fosas nasales sangran y se adormecen. Siente un mareo y vomita abundantemente un líquido amarillento. Con la manga de su chamarra se limpia la boca. Monky está sentado en la parte trasera y nerviosamente tartamudea: –Oye Wero, ya estuvo.

Monky tiene la piel pálida y los pómulos muy pronunciados. El crack le ha podrido los dientes y una cicatriz le atraviesa los labios. Una prostituta con el rostro sudoroso de más de 80 kilos se ha quedado dormida en el rincón del asiento trasero. De vez en cuando se despabilta y da sorbos a una cerveza caliente. Sus pedos se escuchan a pesar del estruendo del motor. En medio de Monky y la prostituta hay un hombre que no sabe qué es lo que está pasando. Es más viejo de lo que parece y evidentemente se le nota temeroso; un balazo en la pierna hace que se desangre.

El Gato tiene un parche en el ojo y a través del retrovisor observa al hombre que sangra. El Gato tiembla y siente algo muy parecido a la ansiedad y por momentos se lleva ambas manos al rostro y se lo frota. Repentinamente observa al hombre que se desangra; lo toma de la nuca y le da un puñetazo en la nariz, luego un escupitajo. Todos ríen desquiciadamente, excepto la prostituta que ronca. El Wero ordena que callen a la prostituta y el Gato le estrella un envase de cerveza en la cabeza. El Wero enciende la radio y la música provoca que sus ojos se inunden de lágrimas y de su nariz fluye una combinación de sangre y moco. Silenciosamente canta los primeros versos de la canción y gradualmente alza la voz hasta casi escuchársele desgarradora.

II

Tocan la puerta del camerino y una voz le anuncia que le quedan 10 minutos. Isabela llora frente al espejo. Un pañuelo queda manchado de rímel. Toma el lápiz y vuelve a delinearse los ojos. Se levanta de la silla y el espejo le deja ver su cuerpo desnudo. Se sirve un whisky y lo bebe de un sorbo. Da un largo suspiro y se observa los senos frente al espejo: redondos y pequeños con pezones rosados. Por un instante se acaricia el abdomen y pasea la mano por su pubis brilloso y rasurado. Se sirve otro whisky y regresa frente al espejo. Enciende un cigarro. El humo hace una silueta y gradualmente se pierde entre la luz de los focos. Abre el cajón y elige un juego de ropa interior con encaje negro sobre los bordes. En la pared cuelga un vestido de terciopelo azul. Se recoge el cabello rizado y se pone la peluca lacia, de tono negro, con fleco hasta la frente y cabello a ras de las mandíbulas. El vestido le deja ver un óvalo en la espalda que termina en el coxis. Da un sorbo a la bebida seguido de una larga bocanada. Se pone sombras azules en los párpados, labial rojo con un toque de brillo y se dibuja un lunar sobre el labio superior. Las zapatillas negras la hacen ver un poco más alta. Con pasos delicados y entrecruzados su figura

torneada aparece en medio del escenario. Los aplausos son escasos. Al principio, su rostro se torna difuso. Se enciende una luz de color azul muy tenue que ilumina al pianista. Después de un silencio que dura instantes el pianista comienza con una entrada melancólica. Los reflectores azules dan directo al rostro de Isabela. Con ambas manos toma el micrófono y lentamente levanta la mirada hacia el público. Siente un temblor en el cuerpo. Sus ojos se pierden entre la luz. Ella sabe que él está en el lugar observándola desde un sitio oscuro, bebiendo e inhalando cocaína. La melodía es más suave, esperando a que entre la voz. Isabela cierra los ojos y se mueve delicadamente de un lado a otro al ritmo lento de la música. El público está en la espera de escucharla en el escenario. Los reflectores azules se van desvaneciendo hasta iluminar su rostro en un tono rojizo. Isabela se queda perpleja en un punto fijo y al mismo tiempo su mirada se pierde en la totalidad del escenario. La melodía vuelve a dar paso para que entre la voz. Al fondo se observa una cortina roja y sus ojos comienzan a derramar lágrimas.

III

Soñó este momento. Es de noche y el viento hace que las hojas de los árboles se desprendan y que algunos anuncios publicitarios se muevan de un lado a otro. Márquez se encuentra en la esquina de una calle que no reconoce porque nunca ha estado en ella. Tiene puesto un sombrero, gabardina oscura hasta las rodillas y guantes de piel. Fuma un cigarro y el humo se confunde con el vapor que sale de su cuerpo. Voltea al cielo y lo ve totalmente oscuro, sin estrellas. Camina unos pasos y entra al edificio. Encuentra el número del departamento y sube las escaleras. Se detiene por un momento. Tose en repetidas ocasiones. Se lleva las manos hacia el pecho y respira profundo. Saca una licorera de la gabardina y da un sorbo. Piensa en regresar, pero sigue adelante. Él mismo escucha sus pasos. La luz tenue de la lámpara ilumina el número 16 del departamento. Está frente a la puerta. Recuerda la

llamada que recibió la noche anterior. Una mujer llorando pidiendo ayuda. Alguien muy peligroso le hace daño. Márquez había rechazado otros casos, incluso ya estaba retirado para dedicar su vida a viajar. Pensaba mudarse a un lugar tranquilo y establecerse. Una playa virgen o una comunidad alejada de la ciudad donde tuviera la comodidad para leer y escribir. Alguna vez una editorial importante se interesó por su trabajo, pero Márquez no estaba interesado que alguien más leyera sus poemas. Prefería estar en su departamento y beber durante semanas o meses hasta que sonara el teléfono y resolver casos. Eso lo mantenía vivo y despierto durante las noches, pensando o imaginando casos sin solución, o maquinando historias con desenlaces extraños. Al final del pasillo se escucha el rechinido de una puerta que se abre. –Esa mujer es una pinche irresponsable –dice una anciana asomándose entre la puerta. Márquez hace una maniobra con la cerradura y consigue abrirla. Hay una lámpara encendida sobre la mesa de centro. La luz es débil. Hay una alfombra color rojo por toda la sala. Un armario de pino color rojo en la esquina del recibidor. Tres sillones blancos y muros tapizados en tono cereza. Dos fotografías con marco negro cuelgan de la pared. La primera es una mujer desnuda que está sentada. Su piel es blanca. Tiene ambos brazos apoyados sobre la rodilla derecha. El rostro lo mantiene erguido y fijo a la cámara, sin maquillar y sin ninguna expresión, aunque quizás sea la tristeza la expresión natural. El cabello es negro y ondulado, hasta los hombros. Los ojos grandes y oscuros. Los labios gruesos. De lado izquierdo hay un cenicero con un cigarro encendido. Al fondo hay un espejo que refleja parte de la espalda y al hombre que tomó la fotografía. En la segunda fotografía la misma mujer carga en brazos a un niño de 8 o 9 años. Pareciera que éste observa a la persona que toma la fotografía y no al lente de la cámara. Se ve pálido y angustiado. Por el contrario, la mujer sonríe y observa cariñosamente al niño. La mujer lleva puesto un vestido blanco y el viento le acumula la cabellera sobre el rostro. El fondo es un descampado o un bosque en medio de la carretera. También se ve un automóvil Mustang detrás de la mujer y del niño.

IV

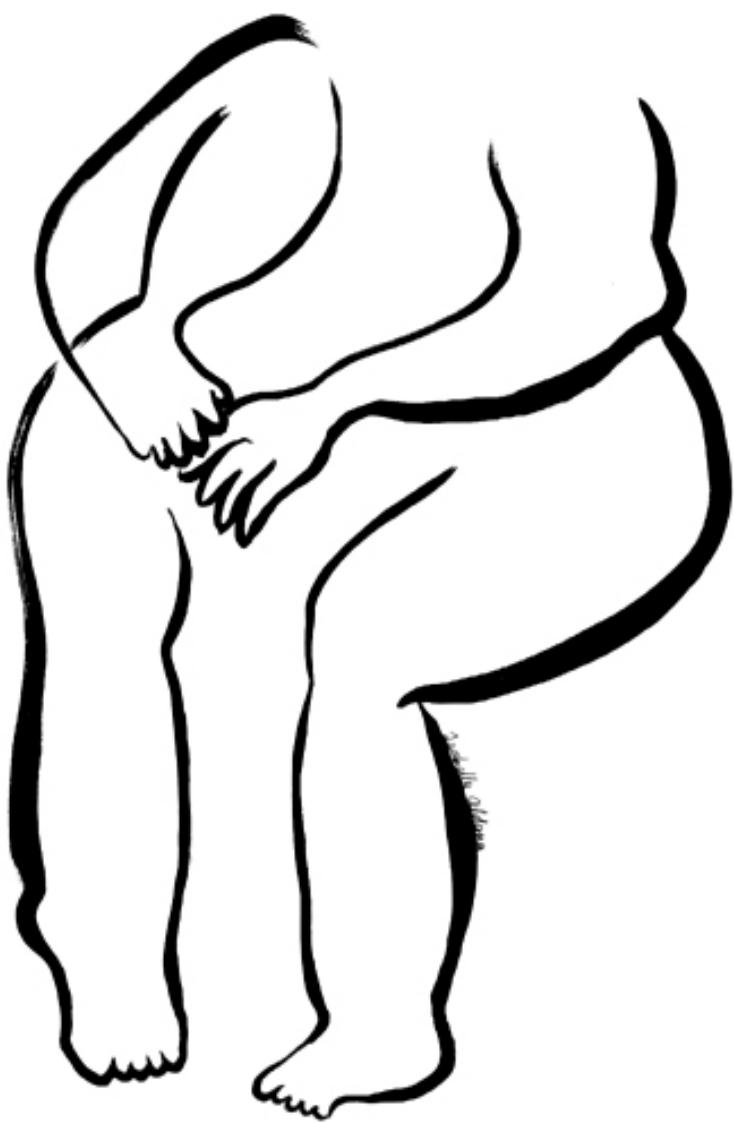
Se escuchan pasos y voces. Unas llaves intentan abrir la puerta. Márquez no sabe qué hacer y decide esconderse en el armario. Hace tiempo que se deshizo del arma porque pensó que algún día la usaría contra sí mismo. Entran varias personas. Reconoce a la mujer de las fotografías. Hay tres hombres más y una mujer obesa que se tambalea. Un hombre vestido de negro abraza a la mujer de la fotografía y la besa violentamente, luego la golpea en el rostro y ríe frenéticamente. La mujer se tumba en el sillón y llora. El hombre de negro se acerca y la toma del pelo, ella forcejea inútilmente. Uno de los hombres le lleva una bolsa llena de cocaína y el hombre de negro hace que la mujer aspire. Ella vomita y cae al suelo. Intenta gritar, pero se ha quedado sin aire. Márquez está a punto de salir, pero decide planear lo que hará. Piensa que sólo el hombre de negro tiene el arma. Lo observa sentado, bebiendo cerveza e inhalando cocaína. Los demás hombres están alrededor sin hacer nada, mirando la casa y de vez en cuando se asoman nerviosamente por la ventana. La mujer obesa baila encima del sillón. Da sorbos a una cerveza y caladas a un cigarro al ritmo de una música inexistente. El hombre de negro la mira con los ojos casi en blanco. Un hilo de baba le escurre por los labios y comienza a besarle las piernas. Uno de los hombres se acerca a la mujer que está sobre el suelo y le desgarra el vestido. El hombre gime y suspira frenéticamente y lame el rostro de la mujer. El hombre de negro se percata y le patea las costillas hasta que el hombre se arrastra para esconderse debajo de la mesa. Márquez piensa que es el momento de actuar. Hay un gancho de ropa colgando en el tubo. Lo estira y lo dobla a la mitad. El hombre de negro está a unos cuantos metros del closet. Márquez saldrá y le clavará el gancho en el cuello. El hombre tendrá el cuerpo lleno de sangre y no le dará tiempo de pensar en nada. Poco a poco llegará la asfixia y estará tendido en el suelo con la boca abierta. Uno de los hombres saldrá rápidamente del departamento y por el nerviosismo

rodará de las escaleras hasta chocar con el muro y se romperá el cuello. El otro hombre se quedará temblando bajo la mesa y vomitará por el asco de ver a su jefe convulsionándose sobre un charco de sangre. La mujer obesa seguirá bailando y en algunos minutos abandonará el lugar. Márquez llegará hasta la mujer de la fotografía y le dirá que todo ha terminado.

V

Sólo esperar a que oscurezca. Salir del departamento con la boina a cuadros y el abrigo con parches en los codos. Caminar con un cigarro encendido y hacer tiempo mirando la ciudad desde el puente, pasándote la mano por la barba. Comprar en la licorería lo de siempre. Pensar en la monotonía de tu vida, en tus poemas regados sobre el piso de tu departamento, en el cuento que dejaste inconcluso en la computadora porque tu mente estaba pensando en ella. La luz de neón te ilumina el rostro. La mesera se acerca y te saluda, pero no te ofrece nada porque sabe que no tienes para pagar. Los poemas que le ofreces ya no son suficientes. Das un sorbo a tu bebida. Ya no haces gestos, pero sientes la punzada cada vez más intensa en tu estómago. Escuchas la entrada del piano. Ella saldrá en minutos y comienzas a sudar porque esta vez le dirás todo. La luz del escenario cambia de color. Entonces la ves con el vestido negro, los labios rojos y la peluca azulada. Te das cuenta de que ha estado llorando. Esperarás a que baje del escenario y le contarás tus sueños.





Clara

La pérdida siempre deja una enseñanza, eso es lo que se gana. Su padre decía que el mundo era una prueba de piso repleta de obstáculos que hacen tropezar para volver a levantarte y terminar la rutina. A los 8 años, Clara creía que su padre estaba loco. No se daba cuenta que lo único que quería era que la ausencia de su madre pasara un poco desapercibida en medio de su primera Olimpiada Nacional de Gimnasia. Ahora piensa que para su padre no fue nada fácil lidiar con una niña acostumbrada a una madre cariñosa a la que cada sábado visitaba en los patios de una clínica mental. El padre evadía las preguntas de Clara sobre las causas de la locura de su madre; eso lo deprimía y lo hacía sentir culpable, aunado a su debacle como escritor de una generación prácticamente olvidada y a un trabajo de empacador en una tienda de autoservicio, eso para él, le resultaba humillante. Aquellas palabras que suponía incomprensibles tuvieron resonancia porque años después, Clara se convertiría en la primera gimnasta del país en ganar el oro en los juegos olímpicos de Atenas.

Tampoco sabía que la escritura sirviera para un carajo. Su padre justificaba la falta de dinero a las escasas ventas de sus libros en una editorial extinta. También culpaba a una ola de escritores mucho más jóvenes que él de corromper –según él, la buena literatura.

–Pinches escuincles, ahora se creen Baudelaire por escribir mierda, mierda en todos sus poemitas –susurraba mientras leía fanzines que luego aventaba al cesto de basura.

Pero ahora, en medio de la vileza, Clara se da cuenta de que la escritura la ha ayudado a no desaparecer. Tiene que escribir y beber para olvidarse de que es un monstruo de más de 80 kilos del que nadie se percata, que respira como un fantasma escondido

detrás de una cortina. Guillermo dice que es una borracha melodramática y que solamente escribe pura pendejada.

—Escribir tiene su chiste, Clara. Necesitas leer y vivir, crear un estilo, ¿sabes? Que yo sepa nunca has leído un libro o tomado una clase de literatura; y no porque diario te tomes una botella de Bacardi ya te sientas Emily Dickinson.

Conoció a Guillermo en la ceremonia de entrega de los premios nacionales del 2002. A él le otorgaron el de Lingüística y Literatura y a Clara el de Deporte. Ella tenía 20 años y una carrera de gimnasta como ninguna otra. Poco después el gremio literario al que pertenecía Guillermo se escandalizó al hacerse pública una noticia en la que Guillermo había obtenido el premio gracias a un supuesto “dedazo” del Secretario de Cultura de ese entonces. Clara se mantenía concentrada en competencias y seguía acumulando triunfos lo que provocó que los reflectores de los medios y programas domingueros le hicieran entrevistas en la sala de su casa. Finalmente, por una vieja lesión en el aductor izquierdo se retiró como la máxima exponente de gimnasia artística; tenía 25 años y un matrimonio acosado por los medios y revistas de espectáculos.

Guillermo publicó por encargo de la SEP una trilogía de novelas cortas que se distribuirían a prácticamente todas las secundarias y preparatorias públicas de la República. Se trataba de una inversión millonaria y de un pago exorbitante para un escritor mediano. Con el embarazo y la lesión, Clara se daba el tiempo para leer artículos de cine y literatura que ayudaban a que el encierro en casa no fuera del todo una locura. En una página de crítica literaria leyó una nota que hablaba pestes del último trabajo de su esposo. “El laureado autor pone en duda su calidad de novelista juvenil de ficción con estas tres abominaciones que difícilmente puedan atrapar a los lectores de esta generación cibernetica. ¿Será que habrá algo más que no sea talento lo que Guillermo Fernández muestre a su editor, colega y actual Secretario de Educación?”

La recepción de las novelas no fue lo esperado para el público

adolescente y la mayor parte de las escuelas y preparatorias decidieron suspender la lectura en sus planes de estudio. Casualmente, el Secretario de Educación Pública en turno era el mismo que le otorgó el premio Nacional de Lingüística y Literatura unos años atrás. Lo que se decía de Guillermo y del Secretario de Educación en otras revistas de chismes perturbaban a Clara y optaba por ver sus videos de competencias pasadas con una botella de ron. Su padre la llamaba una o dos veces a la semana para ponerse al día de las actividades de su hija. Pareciera ser que de alguna forma percibía su tristeza y las llamadas significaban un verdadero alivio para Clara. Desde que su madre fue recluida en la clínica hace casi 20 años, su padre se fue convirtiendo en un ser solitario y no hacía otra cosa que hojear periódicos y revistas de fechas pasadas.

—¿Cómo va todo por allá, mijita?

—Pues, qué te digo, papi. Seguramente ya te has enterado de todo. Esas pinches revistas y programas no se les escapa nada de la vida de los demás.

—Sabes que yo no veo ni leo esas cosas.

—Tienes razón, olvidaba que no tienes tele.

—Y Memo, ¿cómo está?

—Apenas si lo veo. Cruzamos dos o tres palabras y se va. La verdad esto me angustia mucho. Antier lo caché hablando por celular en el baño.

—Quizá sea de trabajo, ¿no crees?

—¿A las dos de la mañana?

—Mira, lo que debes hacer es hablar con él y que te diga de una vez lo que se trae.

—Lo he intentado, pero siempre me sale con que no tiene tiempo de hablar de tonterías. Ya ves cómo es.

—Tú mantente tranquila, mijita, ya verás que todo se resolverá. Y si las cosas no resultan, tú no te detengas, ¿sale? Oye, últimamente te escuchado rara.

—Sólo es un trago, para los malos días.

—Debes cuidarte. El alcohol no te hace nada bien y además

tienes 8 meses de embarazo.

—Ya te dije que es sólo una cuba, papá.

—Tu mamá comenzó así y terminó muy mal.

—¿Cómo?

—¿Qué te parece si platicamos de esto cuando vaya a tu casa?

La irritabilidad y una aversión a la realidad provocaron que Clara desatendiera las llamadas de su padre, y si lo hacía, únicamente era para culparlo de la locura de su madre. El parto se convirtió en una agonía para ella y las gemelas en el que casi las tres pierden la vida. Su ingesta de alcohol durante el embarazo causó que algunos órganos de las gemelas no se desarrollaran completamente. Los riñones de Clara comenzaron a perder su función y los líquidos le inflamaban las piernas. Los medios deportivos le dieron la espalda y poco a poco se fue convirtiendo en portada de revistas de espectáculos que la acusaban de borracha. Le pidió a Guillermo que contratara a una niñera para que se hiciera cargo de las gemelas porque sufría de agotamiento constante. Los encierros en la habitación los justificaba como sesiones prolongadas de meditación y yoga, pero en realidad, fueron tres años de borracheras y alucinaciones en las que creía platicar con su madre.

Cuando Guillermo se fue de la casa y le confesó todo, las gemelas tenían tres años. Clara pesaba casi 85 kilos.

Comenzó a frecuentar los tugurios donde las cubas costaban cincuenta pesos. Su presencia fue la atracción de los bares y cantinas del centro de la ciudad y en poco tiempo su imagen como atleta se esfumó por completo. No hacía mucho que Guillermo y Clara eran portada de revistas españolas como la pareja mejor vestida, o los fotografiaban en playas asiáticas con las gemelas recién nacidas. Su nueva identidad como una madre alcohólica e irresponsable se convirtió en una noticia viral en todos los medios electrónicos e impresos. Circuló en redes sociales un video de Clara mientras ejecutaba una rutina de piso en medio de la pista de baile. Su enorme trasero fue a dar a la mesa contigua tirando un par de botellas.

Clara y las gemelas tuvieron que dejar el fraccionamiento porque las escaleras se convirtieron en una verdadera pesadilla; el sobrepeso y las cubas diarias causaron que en más de un par de veces sus hijas fueran testigos de sus abominaciones. De hecho, Guillermo hizo todo lo posible por quedarse con la casa y con la potestad de las gemelas. Clara no tenía nada a su favor y prácticamente la dejó en la calle. Las entrevistas que daba a programas amarillistas le devolvieron una popularidad grotesca que duró muy poco tiempo. Con lo que cobraba apenas podía pagar una casucha en los alrededores de la ciudad. Por un momento se convirtió en uno de los tantos personajes ridículos y estúpidos que fabricaba la televisión. En redes sociales su popularidad se dividía en comentarios de burla y otros de lástima y descontento porque se creía que Clara sería ese distractor que haría más imbécil a la gente.

Por Guillermo se enteró de la muerte de su padre. Los vecinos percibieron el olor típico de la muerte después de varios días. Los forenses lo encontraron colgado en uno de los árboles de la huerta de la casa de Cuernavaca mientras Clara sobrevivía en la indigencia. Lo único que Guillermo pudo hacer fue costearle un funeral decente al que nadie fue y convencer a Clara de pasar las próximas noches en un albergue. La abstinencia le provocó un ataque de histeria y apuñaló a un par de ancianos que dormían en el suelo.

Cuando Clara despertó y reconoció los enormes patios que recorrían un grupo de personas que parecían no tener juicio, recordó que la literatura le ayudaba a no desaparecer. Cuando las gemelas van a visitarla, Clara finge no escucharlas. Ellas hablan de sus competencias mientras Clara trata inútilmente de imaginar a su madre.



La imagen del perro en el sendero

Con los años me he dado cuenta de que la psiquiatría es una ciencia que difícilmente puede equivocarse. Como las otras disciplinas de carácter clínico, la psiquiatría estudia, diagnostica y trata las enfermedades mentales. Sin embargo, el caso de Luis Manzur se aleja totalmente de mi estudio médico y sospecho que ronda en el improbable –pero muy presente– campo de lo sobrenatural.

El agente Manzur llegó a la Agencia de Homicidios como uno de los investigadores más eficientes de su generación. Al poco tiempo de pertenecer al cuerpo activo resolvió un par de crímenes catalogados en secuestro y homicidio. El aumento de este tipo de incidentes causó alarma, y aunque el Gobierno actual mantiene su discurso en contra de la violencia, la realidad es que los cuerpos de hombres y mujeres de todas las edades aparecen sin vida en todo el país.

Manzur volvió a dar de que hablar en la agencia tras una nueva captura. Se trataba de un grupo de plagiarios que pertenecían a la Policía de Seguridad Pública del Estado y que fueron los responsables de dos asesinatos de mujeres adolescentes. La complicidad de los órganos policiacos con los grupos criminales cada vez se hacía más evidente gracias a las detenciones de Manzur. Esto provocó que el agente fuera removido injustificadamente de la corporación hasta nuevo aviso.

Acepté este caso porque simplemente lo consideré como una experiencia que se alejaba de todas las que había atendido. Normalmente diagnosticaba a mis pacientes con esquizofrenias comunes o con trastornos que se habían desarrollado durante la infancia. El caso de Manzur me ha generado un reto profesional y al parecer, una especie de obsesión. A través de Pedro Fuentes, archivista de la Agencia de Homicidios, pude tener acceso a

copias de diversos expedientes e información relevante sobre el agente Manzur. Se trata de un diario, una grabadora y algunos dibujos que fueron encontrados en su maletín al momento en que Manzur fue hallado. La fotografía tomada por los peritos muestra un rictus de terror y un par de erupciones volcánicas inundando de sangre sus ojos.

El caso de Mireya Cruz conmocionó a toda la sociedad. Se trata de una adolescente de 16 años que vivía en un municipio de la zona serrana del estado. Después de tres días de desaparecida un pastor vio que algo colgaba en la punta de un pino. Cuando el pastor dio aviso al delegado de la comunidad y lograron bajar el cuerpo –que, por cierto, estaba cubierto con una sotana púrpura–, el pastor vomitó al ver que los intestinos pendían del abdomen lacerado de Mireya.

Se organizaron marchas simultáneas por todo el país no sólo por el asesinato de Mireya, sino por todas aquellas mujeres desaparecidas y por el gran descontento de la gente hacia la nula intervención del gobierno actual. La corporación volvió a contactar a Manzur y el agente fue enviado a resolver el crimen en los confines de la sierra. En un par de semanas Manzur logró la detención de José de Jesús Robles. Era un joven sacerdote que llegó a la comunidad para auxiliar en los quehaceres de la iglesia y que –según su declaración– asesinó a Mireya porque “la voz de un perro que apareció en el bosque me dijo que lo hiciera”. Se procesó a José de Jesús Robles a la Fiscalía del Estado para que le hicieran los exámenes correspondientes y el juez determinó que el joven párroco padecía de un trastorno relacionado con el fanatismo religioso. Realmente me sentía angustiado y poco convencido de la determinación y de la enfermedad que le diagnosticaron al párroco. Estaba decidido a investigar a fondo el caso cuando recibí una llamada del director de la Fiscalía Estatal. Manzur, a los pocos días de haber capturado al párroco, fue encontrado inconsciente en los adentros del bosque de la comunidad.

De alguna forma los psiquiatras somos detectives de la vida

de nuestros pacientes. Me adentré en investigar todo aquello que me otorgara otras pistas que me ayudaran a resolver la situación de Manzur. Comencé por buscar cualquier información sobre el lugar al que Manzur fue enviado. San Agustín es una comunidad ubicada en la zona boscosa de la sierra que se considera un sitio para tener una vida apacible. Con el pretexto de pasar unas vacaciones, avisé mi ausencia en el consultorio y me subí a un autobús que me condujo muy cerca de la comunidad. Después de 6 horas de viaje entre curvas de ascensos y descensos por intrincadas veredas, llegué a la comunidad de San Agustín. Encontré el lugar desierto y el frío comenzaba a sentirse. Un faro muy débil a mitad de lo que aparentemente era la plaza iluminaba apenas la cruz de una iglesia y parte de la estructura de un salón de clases. Prácticamente estaba en la cima de una cañada rodeada de árboles y abajo no había otra cosa que el despeñadero y la total oscuridad. De una vivienda que no alcanzaba a percibir, vi la figura de una persona que temerosamente se fue acercando a mí.

—Buenas noches, ¿qué se le ofrece?

Su voz sonaba débil y era evidente que mi presencia le incomodaba. Le dije que era un turista que iba de paso y que el agente Luis Manzur era un conocido mío.

—¿El policía que vino a lo de Mireya?

—Así es, señor.

Se quedó un momento pensando. Se quitó el sombrero y se echó el pelo hacia atrás y soltó un prolongado suspiro.

—Mire señor, le voy a decir algo, oiga, mejor váyase porque aquí pasan cosas muy raras.

—Pero ahorita ya es muy tarde. No quiero molestar, ¿hay un lugar donde pueda quedarme?

—Pues si quiere allí está el salón, allí se quedaba el policía.

Parecía que el viento derrumbaría de un momento a otro el salón donde me encontraba y la noche estaba realmente fría. Me asomé a la ventana y pude ver que los árboles se agitaban de manera violenta. En la espesura del bosque irradiaron dos círculos

parecidos a carbones ardientes. Regresé a mi sleeping bag y de mi mochila saqué uno de los diarios de Manzur. Lo que leí me pareció un detonador a mis sospechas de su repentino estado.

Martes 4 de octubre. Primer día en San Agustín.

Nunca hubiera pensado que me enviarían hasta este lugar. Es muy agradable pero la gente esconde algo. Son extraños. Mañana interrogaré a todo el pueblo.

Miércoles 5 de octubre.

Quién lo hubiera pensado. Fue el párroco Durán o su monaguillo. Las autoridades lo saben, pero prefieren no hacer caso. Quizá también estén involucrados. Ayer en la madrugada escuche ruidos. Juro que había alguien rasgado la puerta

Jueves 6 de octubre.

Hoy enterraron a Mireya. Quiero esperar hasta el lunes para resolver algunas dudas y no equivocarme. Sospecho que Mireya no es la única víctima. La gente tiene miedo de hablar. Volvieron a tocar mi puerta y escuché una voz. No quise salir.

Viernes 7 de octubre.

No puedo dormir. Algo está pasando aquí. Anoche tuve pesadillas y dolor de cabeza. Escuché la respiración de un animal detrás de la puerta.

Tampoco pude dormir. Me mantuve en un estado involuntario de alerta. A pesar de mi cansancio, mi mente creaba situaciones ilógicas que quizás sean la causa del deterioro mental del agente Manzur. Me río entre dientes de mí mismo al considerar este tipo de posibilidades que atribuyo a lo sobrenatural, pero creo que no tengo otra alternativa. Vuelvo a revisar el perfil psicológico de Manzur y no encuentro ningún indicio que pudiera desarrollar alguna patología que alterara su mente a corto, mediano o largo plazo.

Salí muy temprano del salón para despejarme y tomar aire. Una densa neblina cubría toda mi visibilidad. La misma persona que me recibió la noche anterior volvió a aparecer sin que me diera cuenta. Se presentó como el delegado de la comunidad y me estrechó un jarro de café.

—Mucho gusto Don Evodio. Soy Germán Sánchez y estoy atendiendo al agente Manzur.

—Ahh. ¿Y de qué lo atiende, oiga?

—Pues, estaba resolviendo el caso de Mireya cuando lo encontraron en el bosque. Creo que usted sabe más que yo.

—¿Usted es doctor?

—Así es, Don Evodio.

—¿Y a qué viene a la comunidad, oiga?

—Quiero saber qué le pasó aquí al agente Manzur.

—Ya le dije que aquí pasan cosas raras, Doctor.

—¿Qué clase de cosas, Don Evodio, dígame, por favor?

—La gente desaparece en el bosque, o si la encontramos ya están idos, así como le pasó al policía. Y para esto no hay curación. Nomás rezamos y cuando se hace de noche la gente mejor se queda en su casa.

Pude convencer a Don Evodio de quedarme un día más en San Agustín para poder finalizar mi investigación. Me percaté de que las anotaciones en el diario de Manzur luego del entierro de Mireya eran totalmente ilegibles. El audio de las grabaciones era difuso y por momentos se escuchaban voces muy agudas; incluso percibí claramente lo que parecía el aullido de algún animal. Traté inútilmente de hablar con el párroco, pero una voz que provenía del interior de la iglesia me indicó que no lo molestara. Estaba convencido de entrevistarme con cualquier persona que apareciera en San Agustín para que me dijera algo relacionado con el caso de Mireya y del agente Manzur. Las pequeñas casas tenían aproximadamente un par de kilómetros de distancia entre una y otra. Cuando la gente se daba cuenta de mi presencia cerraban las puertas como si hubieran visto al mismo demonio. La noche

estaba cada vez más cerca y aceleré el paso. Me introduce por un sendero tupido de árboles altísimos por el que no recordaba haber pasado. Sentí escalofrío cuando observé a unos cuantos pasos de mí que un enorme perro también me observaba –son los mismos ojos que vi a través de la ventana –dije entre mí. El animal tenía el hocico y el tamaño de un Doberman, pero de sus pesuñas salían garras como las de un lince. De su hocico apareció una lengua bifida y entonces habló: “No eres nadie para robarme mis ofrendas”. Finalmente se metió entre unos arbustos para desaparecer. Corré hasta llegar a la casa de Don Evodio. Ya la noche estaba plena en San Agustín y el viento comenzaba a sacudir los árboles. Toqué varias veces la puerta de madera hasta que una mano me arrojó unas llaves. –Enciérrrese y no salga hasta mañana –me dijo la voz de Don Evodio. Pasó algún tiempo hasta que pude recuperar un poco el aliento y la serenidad para repensar lo que había sucedido ante mis ojos. Volví a revisar las hojas del diario de Manzur y hasta el final me encontré con una imagen que me volvió a perturbar. Se trataba de un dibujo a lápiz que mostraba a un perro sobre un sendero de árboles. Definitivamente era la misma visión que había tenido hacía algunos minutos. Además, había un globo de diálogo que apuntaba hacia los árboles con la leyenda “Lárgate”. Estuve a punto de abandonar el salón de clases, pero una lluvia apareció de repente. A través de la ventana se podían observar los relámpagos que iluminaban por instantes los árboles que se movían vertiginosamente. Me apresuré a sacar el sleeping bag de la mochila y me cubrí, sintiendo pánico. Mi respiración se normalizaba y opté por actuar bajo las leyes de la razón y el entendimiento. Encendí la grabadora que Manzur había utilizado y los sonidos que ahora producía eran mucho más entendibles. Claramente escuché: “Soy Luis Manzur, agente de [ilegible]... Hay más mujeres desaparecidas en [ilegible]... Los rituales del Párroco [ilegible]... un perro me acecha...”

Mis colegas se han burlado de mí. No he podido establecer un diagnóstico certero, ni siquiera he podido intercambiar pa-

labras con el agente Manzur. Su apariencia física es cada vez más deplorable. Parece ser que el medicamento es incapaz de provocarle sueño. Es necesario administrarle una lágrima artificial cada media hora para que sus pupilas no muestren secreción y lagaña. Los resultados de los electrocardiogramas no reflejan ninguna alteración o actividad que haya dañado el cerebro. Me enteré de la desaparición del párroco de San Agustín. Aparentemente toda la comunidad sabía que él era el responsable de los secuestros de mujeres, pero que también había algo en el bosque que incitaba a la maldad. Estoy a punto de darme por vencido y diagnosticar al agente Manzur como un fantasma que nunca dormirá.



Invisibles y descorazonados

*¿Comenzaba yo a metamorfosearme?
Estuve seguro de que sí. Ello empezó a inquietarme,
a despertar en mí muy serios temores, y creí, en más
de una ocasión, no reconocerme del todo
al cruzar ante un espejo.*

FRANCISCO TARIO

Desde niño me despierto con sobresaltos a mitad de la madrugada. Mis ropas contagiadas por un halo de sudor se pegaban a mi cuerpo como si éste fuera a ser embalsamado. Gritos, respiración agitada, susurros incomprensibles como letanías fueron los sonidos que perturbaban mis sueños. Mis jadeos y desesperantes arca-das me condenaron a ser separado de la habitación de mis padres y como si fuera un leproso, fui enviado al total aislamiento.

Crecí entre los espesos nubarrones que se disipaban en la casona de los abuelos. Siempre creí que en las enormes vigas de madera que soportaban el techo se albergaban siniestras sombras. Además, señalaba rostros agonizando, inscripciones que se difuminaban en los muros sin que nadie se percatara de mis visiones. Mis propios padres me asignaron la habitación contigua a la de mi tía Eréndira para que mis gritos y convulsiones no los despertaran de su sueño. Recluido en la última habitación pasaba las noches con el oído pegado a la pared escuchando historias de una voz metálica y distante. Fui diseñado para vivir en los terrenos de la invisibilidad. Como dije, me formé en los laberintos de la casa de mis abuelos. En poco tiempo me hice notar por ser prácticamente un extraño. En los cumpleaños de mis primos me iba a refugiar a la seguridad que me daba una azotea repleta de gatos y heces petrificadas. En mi fiesta de seis años mi padre me rescató de las profundidades del tinaco mientras allá abajo, en el patio, rompían la piñata y comían sándwiches con refresco. Establecí mi centro de operaciones en el interior del muro que daba al comedor. Es-

carbé, como una rata gris y chillante un hueco donde mi abuelo almacenaba muebles, televisiones, fonógrafos, discos y fotografías de toda la familia. Olía a orines de gato y a esa humedad que despiden los panteones donde entierran a cualquier alma insignificante. Desde mi oscuro portal donde me recluía podía escuchar todos los murmullos que se decían desde la mesa, cuando toda la familia se congregaba los domingos al momento de la comida. A causa de mi indiferencia me gané un listado de apodos ridículos y otros totalmente faltos de originalidad.

—¡Aguas, ahí viene el hombre detrás de las paredes!— me gritaban los muy pendejos. Difícilmente los extraños, las tarántulas como yo nos hacemos de compañía. Las personas que se encuentran en mi misma situación de ser únicamente una sombra no me dejarán mentir. En mi caso, dada la situación de que en mi familia existen los engendros al por mayor, no tardé en hacerme de un par de discípulos que al igual que a mí, nos tachaban de pinches maniáticos. El caso de Beto, que tenía seis años, me resulta un caso excepcional, digno de la desgracia humana. Beto babeaba y cuando quería comer producía los lamentos de un ñu agonizante. Comía a todas horas y a consecuencia de su glotonería el pequeño esperpento pesaba casi sesenta kilos. Mi abuelo tuvo que diseñar una especie de cerradura para que tuviera resguardada la puerta del refrigerador por las noches. En una ocasión en la que me quedé todo el día emparedado en mi oscura guarida, observé a Beto que lograba abrir el candado de la puerta del refrigerador. Se apoderó de las llaves que mi abuelo guardaba dentro de la vitrina y terminó con dos kilos de costilla de res cruda. Sus ruidos parecían como cuando las hienas devoran la carroña en medio de la noche. Sus padres simplemente desaparecieron de la faz de la tierra. Beto apenas tenía muy pocos meses de nacido cuando sucedió la catástrofe. Escuché decir que la explosión del departamento de los padres de Beto no fue un accidente provocado por una fuga de gas, sino que la madre fue quien aparentemente puso el departamento en llamas. Vivir en las paredes me daba acceso a

muchos de los secretos que guardaba mi familia. Mi tía Eréndira, una completa fanática de la santería aseguraba que la tragedia tuvo que ver con que Beto naciera imbécil, y que las sombras del más allá –según ella– vendrían a castigar a la familia con el dolor de las llamas. Extrañamente, Beto fue el único sobreviviente de la quemazón; los cuerpos de sus padres nunca fueron encontrados.

Mi prima Karla también fue víctima de los males que acechaban a la familia. La visualizo acariciando mi cabello, colocando mi cabeza en su pecho y cantándome canciones en náhuatl, incluso me besa en los labios y me susurra al oído: “Los raritos son ellos, no tú”. Aunque no propiamente pertenecía al clan de los imbéciles como Beto y como yo, Karla, a sus veinte años podía presumir sus roces con la muerte y la locura. Cojeaba notablemente de la pierna derecha y una cicatriz le cruzaba toda la palidez de su rostro, atributos que a mi parecer la convertían en un monstruo sumiso y caritativo. Su devoción a las deidades prehispánicas generó una lucha interna de energías entre su madre, quien desquiciadamente daba sermones en las calles anunciando la llegada de un único Dios cristiano. En cambio, Karla practicaba rituales en honor a Tezcatlipoca e irrumpía en las iglesias con danzas y letanías en lenguas indígenas. Mi tía Eréndira claudicó todas las esperanzas de mi prima por estudiar literatura prehispánica porque su hija –decía mi tía– sería la luz que disiparía las tinieblas de la familia. Como represalia por el forzoso encierro al Convento de la Caridad, mi prima Karla se zampó un coctel de barbitúricos que las Carmelitas utilizaban para aliviar la soledad y el encierro con un cúmulo de imágenes crucificadas. Su cojera y la marca en el rostro se deben a que arrojó su desesperado cuerpo a las profundidades del metro Carrera sin que los vagones lograran terminar con su existencia.

Para la buena fortuna de mi madre abandonamos la casa de los abuelos y pocos meses después nos mudamos para que mi padre dirigiera la editorial en una ciudad del centro del país. El hecho fue celebrado con euforia por parte de mi madre porque ya no

soportaba las excentricidades de unos insanos –como ella nos llamaba–. Seguramente mis padres pensaban que ser hijo único les daría la oportunidad de pasarse el tiempo imprimiendo libros y olvidarse por completo de ese ser procreado por error. No guardo ninguna imagen en la que estén dejándome en la puerta del colegio como a los otros niños de pieles rosadas, puras y limpias; en cambio, la mía ya estaba destinada a volverse un repugnante cráter. Pasé mi infancia recluido en extra clases y actividades vespertinas que no tenían el mínimo interés en mí. Cierta vez tuve la osadía de jugar futbol, pero terminaba hipnotizado con un ejército de hormigas que llevaban trozos de césped al hormiguero. Concluí la secundaria sin que mis padres hubieran puesto un pie en la dirección para recoger mis mediocres calificaciones. Durante casi quince años me vi obligado a vivir en la oscuridad. Esa obligación se fue convirtiendo en una especie de vida en la que llegué a adecuarme y a tomarla como una bendición. Agradezco a mis padres que me hayan olvidado como ese escombro que se deja en el rincón del patio trasero. Así me configuré una personalidad invisible a los demás; fui un fantasma entre la arrogante muche-dumbre adolescente. Entrando a la preparatoria mis padres se separaron. Los abuelos murieron y dejamos de frecuentar la casa en la que solamente vivían la tía Eréndira y mi primo Beto; Karla se convirtió en ese chisme de la vecindad que aseguraban haberla visto aventarse del puente de Avenida Montevideo, otros decían que un par de loqueros fueron a sacarla de la casa de los abuelos porque aparentemente practicaba rituales en los que desollaba cerdos y perros. Exhibía sus corazones ensangrentados frente a la imagen de Xipe Tótec y rezaba frases que se le atribuían a una renovación de la especie humana. Los vecinos murmuraban que Karla pasa los días en el Hospital fray Bernardino bajo una terapia de meditación y oraciones ancestrales.

Realmente la vida de estos engendros –como les decía mi madre– las asumía como unas verrugas encarnadas en alguna parte de mis extremidades, visibles y perturbadoras. Los recordaba

periódicamente en sueños muy difusos sin que las historias tuvieran una conexión, tal como suceden los sueños. Mis padres no pudieron continuar con una vida monótona y aburrida y en la que las pugnas por los exorbitantes gastos de ambos cansaron su ánimo de seguir su matrimonio. No podían verse como las demás familias que acudían a las cenas navideñas, eso les causaba rabia, aunado a mi rechazo a las concurrencias creo que también se cansaron de mí, incluso me culparon por ser el principal motivo de su ruptura matrimonial.

Normalmente la gente común tiene amigos. Yo a los dieciséis años no tenía ninguno. Me alejaba de la gente y prefería el contacto con los libros. La editorial de mi padre publicaba colecciones de literatura fantástica y era el primero en recibir los ejemplares. Probablemente lo único que mi padre sabía de mí era mi afición por la lectura. Cuando cumplí diecisiete mi padre me regaló la obra completa de Francisco Tario y un libro con los bocetos de los monstruos de Guillermo Del Toro. ¿Qué otra cosa podría esperarse de mí sino el completo aislamiento? Mis padres suministraban mis gastos y la renta de un departamento en los alrededores de la ciudad. Yo lo pedí así a pesar de la negativa de mi madre. Una marcada inclinación hacia las escenas perturbadoras hizo que me inscribiera en la Facultad de Derecho para estudiar criminología y poco a poco me fui convirtiendo en un fanático de los perfiles sicológicos con tendencias a cometer actos violentos. Combinaba mis quehaceres de la facultad con la compra de revistas y periódicos de nota roja. Dibujaba escenas de crímenes inverosímiles y escribía una breve historia alterna a la del caso original. Con la ayuda de mi padre pude contactarme con un periódico en línea de corte sensacionalista llamado El Perturbador y así comencé a publicar mis primeras notas, unas reales, otras totalmente inexistentes con el seudónimo de Henry Dark. Realmente me importaba poco la vida de las personas que se dicen ser normales. Mi atracción por la gente con problemas mentales se convirtió en una extraña actividad que nunca abandonaría.

Me extrañó que mi celular sonara, de hecho, había olvidado que tenía uno. Lo encontré bajo una montaña de papeles sobre mi escritorio. La pantalla del aparato apenas iluminó la penumbra en la que me encontraba. Mi incertidumbre aumentó cuando observé que en la carátula apareció una serie de números con la leyenda de “Desconocido”. Inútilmente dejé que el timbre del teléfono sonara esperando a que otra vez se hiciera el silencio. Cuando deslicé mi dedo en la opción de contestar escuché que la voz respiraba agitadamente. Y entonces dijo:

—Mario, soy yo, tu prima Karla, la coja.

Sentí un torbellino en mi cabeza. Mi conciencia luchaba por convencerme de que esa llamada fuera producto de otro más de mis delirios, pero su veracidad era tan apabullante cuando esa voz que creí desaparecida del mundo volvió a decir:

—Tienes que venir a la casa de los abuelos.

Sus palabras me taladraban y supuse que se aproximaba una desgracia. Extrañamente me sentí desbordante, extasiado.

—¿A la casa de los abuelos, por qué, qué ha pasado? —me atreví a balbucear.

—Los dioses me ordenaron que lo hiciera —Y su voz se tornó áspera, enclaustrada. —Finalmente los Dioses me han hablado— siguió diciendo —y han escuchado mis plegarias. Han venido a establecer un nuevo orden: el fuego debe encenderse.

—¿El fuego debe encenderse? ¿A qué te refieres?

—Quemé la casa de los abuelos.

Ante mi escritorio no observo otra cosa más que revistas con fotografías de decapitados, bocetos con espíritus que se sumergen en paredes carcomidas y una computadora que posiblemente nunca he apagado. Me dirijo hacia la ventana y cuido que la gente de afuera no se percate de mi presencia. No me imagino siquiera lo que dirían los arrendadores del departamento si me sorprendieran colocando mis dibujos perturbadores sobre los muros. En mis insomnios leo las historias que he escrito y me convenzo cada vez más de mi catástrofe. Las familias comunes se heredan propie-

dades, autos y reliquias que ya nadie quiere, incluso la pobreza se hereda a toda la estirpe; pero también se hereda una serie de patologías mentales. Morbo, placer, excitación, incluso repugnancia. No son otras las emociones que me producen la inesperada llamada de mi prima Karla. Saber cómo logró conseguir mi número telefónico sigue siendo para mí un misterio. Realmente me importa poco ver en lo que mi desquiciada prima se ha convertido. La idea de ver una casona repleta de maderas carbonizadas me causa una sensación parecida a la de un adicto a la heroína. En algún momento sentí una atracción casi maternal por mi prima Karla, pero los sentimientos que llamamos filiales o carnales para mí han desaparecido por completo.

Tomé el autobús de las 11 de la noche rumbo a la Ciudad de México. Quería inspeccionar la zona de la catástrofe sin ser observado. La noche me causa seguridad, mi mente funciona de una manera revolucionada cuando la oscuridad se hace presente. En el trayecto decidí que dedicaría mi nota a El Perturbador y que le daría ese toque de realidad e invención. Fui elaborando unos bocetos que acompañarían a la nota. Mi cámara fotográfica se encontraba preparada para captar cualquier imagen que causara horror al ojo humano. Llegué en un taxi a la colonia Martín Carrera. En mi reloj daban las 2:25 de la madrugada. Le pedí al conductor que me dejara en la esquina para que las luces del auto y el ruido del motor no perturbaran la atmósfera nocturna. El lugar se encontraba aún acordonado y vigilado por un par de policías dormidos a bordo de una patrulla invisible. Aún en la oscuridad se podía observar el humo que desprendían las vigas carbonizadas y fue como si volviera a ver aquellos rostros que se difuminaban en el techo de la casa. Pisé lo que aparentemente era la mesa de madera y se escuchó como cuando un hueso se rompe. Vi un cuadro y en su interior una fotografía de los abuelos se había consumido parcialmente por el fuego. Caminé a lo que hacía algunos años era mi recámara y sólo los resortes de lo que había sido mi colchón quedaban como una reliquia devaluada. Los muros

habían sido tatuados por el fuego y en ellos se observaban claramente rostros apabullados por el dolor. Me dirigí a la habitación de mi tía Eréndira y encontré una prueba de lo presumiblemente pudo ser el origen del incendio. Entre los restos de carbón percibí una figura cubierta por tizne. Pesaba alrededor de dos kilos. Al acercarle la luz de mi lámpara la froté con mi pulgar y visualicé un rostro arrugado y desdentado. Evidentemente se trataba de una copia de una deidad prehispánica que representaba a un anciano que sobre su espalda cargaba una especie de anafre o brasero. Su nombre es Huehuetéotl, dios del fuego.

Estoy por enviar mi nota a *El Perturbador* y no sé si volveré a escribir por el resto de mis días. Después de haberme inmiscuido entre las ruinas de la casa de los abuelos he sentido una presencia insondable que cargo entre mis hombros. Hay una sombra que me vigila a todas horas. No he podido dormir. La imagen de mi prima Karla interfiere en mi mente. Sus dioses antiguos con sus rostros muertos penetran en mis constantes sueños. Seguramente mi nota tendrá resonancia y la policía me estará buscando por publicar información sin bases que avalen mi investigación. A continuación, presento lo que estoy a punto de enviar a la redacción de *El Perturbador*. La nota se divide en dos partes, la primera saldrá el día de mañana por la mañana, y la restante verá la luz la próxima semana, por la mañana.

¡QUEMADOS VIVOS!

Por Henry Dark

La noche del pasado martes 2 de abril vecinos de la Colonia Martín Carrera reportaron un incendio al Departamento de Bomberos de la Delegación Gustavo A. Madero. El fuego provenía de la vecindad marcada con el número 12, interior 6 de la calle Santa Ana. Los vecinos comentaron a este semanario que, al prestar ayuda para mitigar las llamas, la puerta de la casa se encontraba “atrancada” por lo cual no pudieron entrar. Luego de treinta y cinco minutos los bomberos acudieron al lugar del siniestro

para apagar el infierno. En ese lapso, Delfina Martínez aseguró escuchar lamentos de las personas que se encontraban en el interior de la casa en llamas, y no sólo eso, también escuchó –según ella– “ritos paganos”. “Yo escuché que Beto –el niño enfermo que vive allí– gritaba como un animal. La señora Eréndira –que, con perdón de Dios, está media loca– corría por toda la casa y también se escuchaban unas como oraciones en quién sabe qué idioma. Yo me imagino que fue un ritual pagano de la hija que se escapó del manicomio”.

Luego de una hora y media, el cuerpo de bomberos logró controlar la lucha contra el fuego. Cuando los efectivos penetraron la zona del desastre, encontraron dos cuerpos calcinados. La zona se acordonó a 300 metros a la redonda para evitar que los mirones entorpecieran el trabajo de las máquinas que retirarían los escombros. Anterior a ello, arribaron los peritos del Departamento de la Ciudad de México y especialistas del SEMEFO para recrear los hechos y encontrar las causas del fatídico incendio que cobró la vida de dos individuos. Es importante recalcar que una de las personas que se encontraba en el lugar de los hechos no ha sido localizada.

¡MACABROS RITUALES AZTECAS!

Por Henry Dark

En la pasada edición de este semanario se informó la quemazón dentro de una vecindad cuyo saldo fue de dos personas muertas y otra más que se encuentra desaparecida. La investigación pericial dictaminó que eran tres las personas que se encontraban en el domicilio y que presumiblemente la que se encuentra desaparecida es la responsable del siniestro.

Los peritos encargados de esclarecer los hechos informaron a El Perturbador los siguientes macabros hallazgos. Juan José Piña, perito encargado del caso dice textualmente: “El hecho ocurrió a las 22:30 horas cuando las ahora dos víctimas se encontraban dormidas. El primer cuerpo corresponde al sexo masculino, de 23

años y respondía al nombre de Roberto Frías González. Se determinó de complexión robusta, aproximadamente 105 kilogramos de peso y padecía un trastorno cerebral desde la infancia. El segundo cuerpo, de sexo femenino respondía al nombre de Eréndira Frías Robles. De 60 años y de complexión delgada. Por la baja calidad de calcio encontrada en sus huesos se determinó que padecía altos grados de desnutrición. Las investigaciones arrojan que la víctima tenía severas alucinaciones y convulsiones constantes. La tercera persona que participó en el suceso, de cuyo paradero se desconoce, responde al nombre de Karla Maldonado Robles. Se sabe que escapó del Hospital Psiquiátrico fray Bernardino y que su expediente médico muestra esquizofrenia paranoide avanzada. Con la construcción de los hechos se estableció que Karla Maldonado Robles –hija de Eréndira Frías Robles y prima de Roberto Frías González– fue quien ocasionó el incendio y mediante el móvil de un aparente ritual azteca terminó de manera horrenda con la vida de sus familiares”.

Debido al breve espacio que ocupa esta nota, el que la redacta resumirá lo acontecido a los cuerpos en voz de Javier Casens Ruíz, médico forense de la Unidad de Servicios Periciales N. 9.

“La víctima del sexo masculino muestra una herida punzocortante a la altura del cuello, la cual originó que se desangrara y en dos minutos le ocasionó la muerte. Posteriormente, la presunta responsable practicó una incisión craneal con un bisturí de punta de diamante y desprendió desde el cuero cabelludo hasta la parte frontal de la quijada, dejando al descubierto los músculos faciales, los orificios oculares y la dentadura del occiso. Acto seguido, con un cuchillo de obsidiana que fue encontrado en lugar de los hechos, degolló a la víctima y colocó la cabeza en una especie de estaca frente a un altar simulado con la imágenes y figuras de deidades prehispánicas identificadas por especialistas como Tezcatlipoca, Xipe Tótec y Huhuetéoltl. La víctima del sexo femenino fue rociada con gasolina y se le prendió fuego hasta que ésta cayó en un shock que le causó una muerte dolorosa. Al igual

que la otra víctima, también fue decapitada y desollada no sólo cranealmente, sino de todo el cuerpo. Su cabeza fue clavada en otra estaca y la piel se carbonizó en una vasija circular de barro. Al hacerles la autopsia correspondiente, ambos cuerpos presentaban una herida de 12 centímetros a la altura del pecho y se descubrió que los corazones habían sido extirpados. Los especialistas en este tipo de rituales afirman que la responsable de estos terribles actos se comió los corazones para finalizar con un ritual azteca”.

La policía ha enviado boletines sobre el paradero de Karla Maldonado Robles. Los retratos hablados aparecen en redes sociales y noticieros. Se le identifica por una cicatriz que le atraviesa el rostro. Las autoridades correspondientes piden que cualquier información les sea inmediatamente notificada a los distintos departamentos o a los números de emergencia de la Ciudad de México o de cualquier delegación.

Una semana después de que se publicaron las notas en *El Perturbador*, me informaron que mis padres habían desaparecido. La asistente de la editorial me llamó para saber si yo sabía algo. La policía no encontró indicio de secuestro o robo. Todo en sus casas estaba intacto. Se los había tragado la tierra. Se emitió un boletín de búsqueda sobre su paradero que creo resultará inútil. Temo lo peor y seguramente no volveré a verlos ni tampoco podré enterrar sus cuerpos. A partir de la desaparición de mis padres se ha desencadenado una serie de eventos que han alterado mi realidad a tal grado de aislarme como un enfermo mental en mi departamento. Hay una sombra que me acecha. Aun estando dormido –o simulando que lo hago– se presenta frente a mí. Pedir ayuda a estas alturas no tiene ningún caso. Recuerdo que desde que pisé las cenizas de la casa de los abuelos sentí este temblor en los músculos que ahora tengo. La sombra cojea y emite sonidos perturbadores. La veo agazapada en el techo cuando me quedo ensimismado sobre mi cama. Pronuncia mi nombre con esas voces de liturgia o de ritual y cuando creo dormir un torbellino de papeles y bocetos se

gesta en mi habitación. Los cánticos antiguos, de lenguas primitivas resuenan en mi mente. Los sonidos del huehuetl, los casabeles y aullidos se presentan intempestivamente mientras trato de conciliar el sueño, aunque sea por algunos minutos; pero algo se apodera de mí por las madrugadas y no hago otra cosa que dibujar imágenes de dioses aztecas descarnando gente, bebiendo de su sangre, triturando corazones en sus mandíbulas siniestras. He perdido la noción del tiempo y prácticamente me he convertido en una estatua que por momentos parece respirar. Si escribo esto es sólo por automatismo, porque he perdido cualquier esperanza de que esto pueda hacerse público. Una sensación inusitada, terrorífica, me invade cada hueso al sentir el aliento mortecino de mi prima Karla sobre mi nuca. Y se ha hecho recurrente en mis pensamientos la imagen desollada de Xipe Tótec; no sólo es una idea, sino que lo veo materializado dentro de mi habitación como un espectro rojizo que entreabre la puerta sólo para observarme. En estos momentos, en los que mi respiración comienza a agitarse desmedidamente observo la pantalla y tecleo en espera de lo inevitable.



INSANUS DREAMS
de Mauricio Caudillo
se terminó de imprimir
en diciembre 2019

Edición: Oliver Herring

Papel bond ahuesado 90 grs.: Papel S.A.

Impresión digital 1x1: Marcozer

Portada en risograph:

Gold Rain

Querétaro,
Qro.



HERRING PUBLISHERS